

ARTE Y COMUNICACION EDUCATIVA

Luisa Rosa Rosell

"El Arte y las Matemáticas son los dos polos de todo pensamiento lógico... Uno y otro concluyen no en actos sino en esquemas institucionales de pensamiento y de acción totalmente irreductibles a ningún otro"

Francastel, Pierre: "La Realidad Figurativa"

A través de largos años de docencia, cada vez que exponemos nuestras ideas sobre un tema lo hacemos pensando crecer intelectual y espiritualmente; y sobre todo perseguimos despertar la capacidad de reflexión, de acción y de creación en aquellos a quienes nuestras palabras van dirigidas, con el objeto último de promover la persona humana. En muchas ocasiones esa búsqueda se ha transformado en un encuentro, y de él han surgido conversaciones, ideas, propuestas, proyectos,...

Pero es bueno no llamarnos a engaño: por un lado, el proceso de enseñanza-aprendizaje circunscripto al ámbito aúlico no puede competir con el bombardeo distorsionante de los medios de comunicación social, mientras que la entusiasta actitud del casi siempre joven educando se desgasta con el tiempo y con las urgencias de la vida diaria.

Estos factores serían de por sí grave escollo para la tarea empendida, sin embargo no son más que algunas de las puntas del iceberg que constituye nuestra despiadada forma de vida en que todo intento educativo parecería destinado a zozobrar.

Contemplamos cómo a nuestro alrededor hombres y mujeres gastan su existencia¹ en un atolondrado ir y venir, viven sin Dios, adoran la ciencia o la tecnología, a las que conciben como entes autónomos y los privan de sentido y de significado, corren obnubilados detrás del confort, se afanan por conseguir status, siguen las modas a pie juntillas. Están en un movimiento constante, a tal punto que dejan de ser dueños de sí mismos y se ven impulsados por las circunstancias, inmersos en la "bufera infernale".

La agitación los arroja contra los demás, chocan con ellos y enseguida se alejan. Se saben solos, quienes los rodean no son sus prójimos. Por eso cuando intentan comunicarse, el pretendido diálogo se convierte en un triste monólogo dirigido a un único oyente, que es el que habla.

Si algún atisbo de lucidez les revela que están destruyéndose y quieren detenerse, el mundo deslumbrante en que creían se les torna hostil. Los seres y los objetos los agreden, los invaden el miedo o la angustia, pierden pie y caen en el vacío.

Quienes nos reconocemos creaturas libres, singulares, irrepetibles, sentimos el imperativo de reaccionar contra la vorágine.

Debemos mantenernos dentro de nosotros mismos, y con humildad y paciencia ordenar nuestro pequeño mundo propio. En un acto de valentía cotidiana afirmar nuestros valores, y así pertrechados proseguir el empeño de llegar a establecer una forma de comunicación más firme y más permanente, superando la palabra vacía de sentido, la imagen torpe, el sonido enervante.

Si partimos de esta coherencia interior, enseguida reparamos en que el arte-forma de pensamiento-aparece como una vía óptima para ayudarnos a restablecer el equilibrio tras el que vamos, y no se nos escapa que la Divina Tarea de la Creación es el paradigma del quehacer artístico.

Propio y exclusivo del hombre, alcanza ya sea como productores o como receptores a todos los seres humanos. No sólo es testimonio de las actividades de los grupos hegemónicos, sino también de las creencias, anhelos, intereses, interrelaciones de las comunidades a través del tiempo y del espacio, y por su carácter específico despierta el interés y el acercamiento por encima de las diversidades.

A los americanos nos es imposible ignorar el papel decisivo que cumplió en el "transplante cultural" de la epopeya castellana primero y de España después.

Bien lo comprendieron así los miembros de la Compañía de Jesús en su misión que cubrió enormes y distantes espacios geográficos. En este continente, con persuasión y seducción admirables, apuntando a la totalidad del hombre, materia y espíritu, apoyados en las letras, la pintura o el grabado, la escultura de talla o el relieve, la arquitectura, la música, siempre la música, fueron sembrando la "Buena Nueva".

Cuenta el historiador Lozano, refiriéndose al P. Antonio Sepp S.J.: "Además de enseñar a muchos indígenas de las misiones el secreto de su arte (la música) compuso para los mismos y en lengua guaraní muchas sagradas canciones gracias a las cuales es casi inconcebible cuánto ayudó a excitar la piedad ya que se llenaban de gozo los indios al poder cantar en su propio idioma"².

Hacia el mismo período, en la lejana Puebla de los Angeles-Angelópolis -cuánto amor transmite el anónimo autor de las caras de la Virgen y de los ángeles en la Iglesia de Santa María de Tonancitla-la Pequeña Madrecita- en las que plasmó los rasgos físicos de su raza. Han pasado más de dos siglos y nos asombra aún este hondo proceso de inculturación³.

Estos dos ejemplos, elegidos intencionalmente, por los valores trascendentes que encierran, contribuyen a precisar lo que concibo como función integradora del arte.

Para dar mayor claridad a lo expuesto es necesario que nuestro discurso se deslice hacia el tema de la obra de arte, a la cosa concreta, consecuencia de una tarea de conceptualización y de abstracción, propias del creador.

Al encontrarnos frente a una obra de arte quedamos en suspenso, nos atrae e incita a acercarnos e internarnos en ella por múltiples caminos que se renuevan cada vez que emprendemos el recorrido. Es entonces cuando para nuestra sorpresa, descubrimos que, por más rigor metodológico que apliquemos en este renovado esfuerzo, no nos permite captarla, aprehenderla en su totalidad.

Ella guarda su cautivante ambigüedad hasta para el mismo creador que la pensó y la plasmó, cualidad que emana del misterio que es el hombre.

La relación así vivida requiere una actitud dinámica y reflexiva a la vez, un salir de nosotros para entablar el diálogo y un volver para interiorizar lo recibido y buscar los motivos para otra aproximación. Interacción que se da en el tiempo pero que ayuda al hombre a buscar su permanencia, en algunos casos hasta llegar a dos dimensiones límites y que pueden ser convergentes, hundiéndose sus raíces en la tierra para prolongarse en árbol y en fruto, o remontándose por sobre lo creado hacia lo Absoluto.

Este juego dialéctico, que puede prolongarse durante el lapso de la vida nos lleva a "ser más", dejando de lado la indiferencia, agudizando la sensibilidad y el intelecto.

El joven que aprende tal vez como tema de estudio algunos versos del Martín Fierro, el adulto que los relea, el hombre de campo que los recita como tradición oral, el anciano que los repite "para probar su buena memoria", todos y cada uno de ellos, sintiéndolos como propios los están recreando desde su personalidad y desde sus circunstancias.

Una figura de vestir de origen alto peruano, una talla de bulto proveniente de las Misiones, trasuntan un ansia de eternidad que nos conmueve, nos eleva a Dios, nos une en Cristo.

Hemos relevado hasta aquí tres aspectos que muchas veces pasan desapercibidos de las posibilidades que brinda el arte a la comunicación educativa, a saber su carácter testimonial, integrador y modificador de la persona humana.

De aquí en más resulta interesante referirnos a la labor del hacedor de la obra de arte presentado como modelo de conducta.

Desechemos esos "espíritus artísticos" que por años prometen en vano la obra inmortal; sin ésta no existe aquél y también al pseudoartista que responde a impulsos irreflexivos o que se deja presionar por el materialismo del mundo

exterior, o a aquel otro que actuando como falso profeta se lanza a una desenfrenada carrera con el absurdo propósito de vencer la aceleración histórica. Semejantes individuos sólo moldean objetos de consumo.

Tengamos presente, en cambio, que una vez concluida, la obra se desprende de su autor para entrar en el ámbito de su lectura a que ya hemos hecho alusión.

Como no es una expresión descontrolada, un accidente, ni el hombre puede crear "ad nihilum", en este proceso de creación se complementan una actividad intelectual y espiritual y una actividad física que se opera con la materia. La primera está ligada a una disciplina interior, la segunda a una técnica; sobre ambas planea el concepto de libertad.

El artista debe vencer la dispersión, seleccionar los elementos de la realidad, montarlos, componerlos intelectualmente, para lograr su objetivo, previamente meditado y, de inmediato "poner manos a la obra", ya sea siguiendo una técnica conocida, innovando las existentes, o inventando una nueva. Aun durante la improvisación, en el instante en que más parece presente lo instintivo o lo pasional, se ve acotado por ambos procesos; de lo contrario la obra de arte no nace.

No puedo resistir la tentación de traer a colación una de las bellas Anunciaciones de Alfredo Guttero. En ella no tiene cabida lo iniciativo o lo fortuito. La armonía es la resultante de una labor intelectual informada por un antropocentrismo que ubica a la persona humana en la realidad última, áquel que pone en primer plano el vínculo con lo trascendente, y en esta atadura encuentra su esencia. La técnica -el yeso cocido- enraizada en la tradición europea del Renacimiento, es una excepción en nuestro medio, agregando calidez a la textura.

El todo es una síntesis notable del ejercicio de la libertad que "...es siempre una dirección "de dentro-a-fuera" y eso mismo nos está descubriendo que tenemos nosotros un "dentro" previo desde el cual parte la dirección hacia afuera... Sólo me apropio como mío los actos que parten desde ese dentro y sólo éstos los considero libres... La in-sistencia es el presupuesto metafísico necesario de la libertad porque sólo hay un "desde" y solo hay "un dentro" cuando estoy en mí ónticamente",⁴.

La mayoría de los jóvenes se sienten atraídos por alguna de las manifestaciones estéticas y cargan esta relación ingenua con todo el fervor, la curiosidad y el despliegue imaginativo que los caracteriza. Probablemente aquel docente que pueda compartir, comprender al menos, esa actitud, consiga entretejer en torno de ellas una infinita red de relaciones interdisciplinarias para ampliar el abanico de intereses de ambos, valorizando, al mismo tiempo el deleite que produce crearlas, interpretarlas, leerlas.

Este goce, que no es pasatiempo, presupone una exaltación emocional en

la que afloran los más elevados sentimientos. El tiempo y la voluntad de profundizar mantienen los mismos valores, cimentan otros, pero aquietan los ánimos.

Un espíritu sereno que maduró durante la juventud en la aventura del arte, y que supo discernir, desbrozar lo pasajero de lo permanente, recogerse sobre sí mismo para hallar allí lo fundante, y retormarla desde su conciencia, difícilmente se deje arrastrar por los embates materialistas o por las simplificaciones reduccionistas.

Estos principios y expresiones no tienen, por cierto, la pretensión de ser un ensayo sobre Teoría del Arte; hacerlo sería un pecado de lesa vanidad junto a tantas y tan autorizadas páginas sobre la cuestión. Son ideas y situaciones concretas reunidas día tras día en el aula universitaria, entre chicas y muchachos de nuestra patria y a veces de países de América Hispana.

Avidos por conocer, trabajadores, llama sin embargo la atención el desconocimiento que tienen de nuestra Historia, de nuestra geografía, especialmente de nuestro Arte, al que consideran superfluo o decorativo, desplazado a un segundo o tercer plano con respecto de los que se podrían denominar los grandes temas.

Firmemente convencida de que los valores estéticos no son valores inútiles, he observado también que en la etapa de formación todos nos proponemos y perseguimos un modelo más o menos abstracto. La recta docencia puede contribuir a perfilar los lineamientos generales de ese modelo, y una de las vías es, sin lugar a dudas, el Arte. De esta manera ejercerá un peso decisivo, aun hasta material, sobre el futuro de la comunidad.

Basta introducimos en la lectura de algún poema, cuento o novela, comentar la visita a alguna exposición, referirnos a un filme u obra de teatro, hablar de arquitectura, escuchar música, para que podamos desterrar la clase magistral y todos nos animemos en un intercambio de sensaciones y de ideas.

Sirve como catapulta, para despertar, despabilar.

En unos recuerdos de Eduardo Mallea, encuentro por negación, casi por el absurdo, la fórmula de docente que pertenece a ese mundo gris que, propongo, podemos rechazar a través del arte. "Más me enseñaba un arrebatado pasaje de ficción, el grito de un agonista, que todos aquellos profesores monótonos y rutinarios. Y eso no debía ser así. ¿Qué era lo que les faltaba a esos hombres, a esos maestros? No lo supe entonces y sólo más tarde me lo enseñaría un gran americano; lo que aquellos hombres tenían de malo era un mal simple, era el modo sin vida como vivían, aprendían y enseñaban. Lo que yo había llamado monotonía mortal o insuficiencia, lo que encontraba en esos enseñantes de terrificantemente letal, era precisamente su privación de vida"⁵.

CITAS Y NOTAS BIBLIOGRAFICAS

(1) "Otro de los inconvenientes que la palabra existencia ha traído a la filosofía y en especial al existencialismo proviene de su misma etimología "ex-sistere" es siempre interpretado como "sistere extra" estar afuera. Así concebimos lo existente como aquello que ha salido de algo "sea la causa, sea el mundo de "lo posible o de las esencias" y que está manteniéndose o mantenido fuera de ello ex sistit".

QUILES, Ismael S.A. *Antropología Filosófica Insistencial*. Buenos Aires. Ed. Depalma. 1978. Pág. 34.

(2) FURLONG, Guillermo S.J. *Historia Social y Cultural del Río de la Plata, 1536 - 1810; El trasplante Cultural*. Arte. Buenos Aires. Ed. Tea. 1969. Pág. 145.

(3) He seleccionado los ejemplos sosteniendo un decidido "tono mayor" apuntando a esa incesante búsqueda del absoluto que se hace patente especialmente en la juventud.

(4) QUILES, Ismael. S.J. op. cit. Pág. 345.

(5) MALLEA, Eduardo. *Historia de una pasión argentina*. Buenos Aires. Ed. Sudamericana. 1967. Pág. 55.